

Los estados-nacionales y la construcción de identidades.

Ruiz Rodríguez, José Ignacio (España)

Catedrático de Historia Moderna y Académico Correspondiente del RAH

Universidad de Alcalá

Voy a empezar por hacer unas brevísimas consideraciones acerca de una creación humana de extremada importancia y signo de civilización que es el ESTADO. Porque una cosa es el “estado” (concepto político) y otra la “nación” (concepto cultural). Las dos son creaciones humanas y por tanto invenciones del hombre. Y subrayo el término INVENCION.

I. Unas notas acerca de la Teoría de Estado.

Desde que el hombre interviene en la naturaleza con el **descubrimiento de la agricultura** se ve abocado a la creación de una forma política que le asegure el porvenir. Aquí aparece el **Estado de la mano de las civilizaciones. El estado tiene** tantas formas como formas de organización social han existido en la historia. Y la historia, no hay que olvidar que es el tiempo del hombre.

Si al “estado” lo ponemos en el tiempo vemos como lo instrumentaliza el hombre y no resulta extraño advertir que “estado” puede haber habido siempre, pero no siempre ha sido el mismo. Ha tenido diferentes formas. Son las formas políticas. Las diferentes formas de organizar el poder a lo largo de la historia.

Lo mismo podríamos predicar de la “nación”. De la nación se viene hablando hace mucho tiempo. Siglos. ¿Pero es lo mismo ahora que cuando nos referimos a la nación en el siglo XIII o el siglo XVII? Evidentemente no. El contenido ha ido cambiando.

Otra **cuestión de orden metodológico** para lo que quiero plantear. El tiempo y el análisis de las estructuras o distintos planos de la realidad del hombre: el análisis de la intrahistoria. No todos los planos de la realidad del hombre cambian a la misma velocidad o tienen idéntica temporalidad. No van al mismo compás. Esto quiere decir que cuando se nos presenta la realidad histórica, lo hace en forma de nebulosa. Donde todo se confunde y nada se muestra nítido. La nitidez no existe, solo se ve confusión. Por eso la práctica del oficio, obliga a individualizar los distintos planos de la realidad del hombre para ver con mayor claridad. Por tanto, el análisis lo individualizamos en estructuras políticas, socio-económicas y mentales o culturales para encontrar los compases individualizados y huir de las disonancias que ofrece la cruda realidad. Teoría de los vasos comunicantes.

II. Consideraciones acerca de los precedentes del Estado nacional.

1) ¿Cómo nace el “estado-nación” liberal y por qué? Se trataba de adecuar los distintos planos de la realidad del hombre en la historia, porque a veces, cuando pasa el tiempo, se rompe la armonía y se descomponen las distintas estructuras. ¿Qué ocurrió al final del Antiguo Régimen? Que se dio una inadecuación entre las estructuras políticas, las estructuras socio-económicas y las estructuras culturales. Me atrevería a decir que no surgió el problema por las estructuras políticas. El verdadero problema no fue el político, del que

devino la revolución, simbolizada por la revolución francesa y la consiguiente matanza y baño de sangre. Y aquí está el primer mito historiográfico: La revolución francesa como el momento histórico de liberación del hombre y del advenimiento de la libertad, igualdad, y fraternidad. ¿Cuáles fueron las circunstancias previas al advenimiento del “Estado Nacional”?

2) Desde el punto de vista político, eran las monarquías absolutas las que venían operando como estructura política. Representaban un ordenamiento político donde cabe distinguir distintos planos o realidades de análisis. Una cosa era la *auctoritas* y otra cosa bien distinta era la *potestas*. Quiere esto decir que al estudiar esta realidad política de la monarquía absoluta, hay que distinguir estos conceptos y, por tanto, cuando los aplicamos a su estudio resulta que no era tan “absoluta”. Era la que tenía la soberanía, pero soberanía no quiere decir poder, quiere decir referente último y que por encima de ella no existe ninguna otra autoridad o fuente de legitimación del poder. Otra cosa bien distinta es el poder. En este caso y si estudiamos las distintas monarquías no todas tenían el mismo poder. Entonces, ¿cómo se ordenaba el poder? La idea de aquella lógica se derivaba de la concepción del mundo que aportó el cristianismo y más concretamente San Pablo. Así lo recoge en la primera carta a los Corintios (12, 4, 13):

“Es un hecho que el cuerpo, siendo uno, tiene muchos miembros, pero los miembros, aun siendo muchos, forman entre todos un solo cuerpo (...); y es que tampoco el cuerpo es todo el mismo órgano, sino muchos”.

Tratábase de resolver el problema sempiterno entre lo particular y lo general en aras de la unidad.

3) Desde el punto de vista social y económico. Ya habían calado las ideas mercantilistas y liberales. Sobre todo la idea de la **libertad de los factores** de producción en un sistema de propiedad que nada tenía que ver con la propiedad privada. La propiedad hasta entonces no era privada porque no funcionaba la idea del individuo, ni de la individualidad. Los factores de producción se hallaban indisolublemente unidos. Capital y trabajo eran inseparables en cuanto a concepto. Uno trabajaba y otro recibía la renta. De aquí se deriva un determinado tipo de crecimiento económico. Un determinado orden social y una determinada lógica.

4) Desde el punto de vista cultural o de lo que otros llaman las estructuras mentales, el problema fue que a largo plazo la idea del beneficio se hizo cultura y valor social. El beneficio cambiaba las bases del crecimiento económico. Naturalmente, esto cambiaba muchas cosas. Para empezar la idea de lo que es un caballero. El caballero es generoso y se debe a los demás. El beneficio se relaciona con el Yo mismo. En el caballero el sujeto se subordina a una idea universal, en el beneficio a lo particular... El propio concepto del hombre también cambia. El optimismo ilustrado asentó el principio de que el hombre es bueno por naturaleza. Frente a la concepción contraria del *homo hominis lupus* de Hobbes, el *Candido* de Voltaire o *El Emilio* de Rousseau.

III. Cómo se construye el Estado nacional

Desde el punto de vista político: Frente al absolutismo, el liberalismo político. ¿Qué quiere decir esto? Pues simplemente que hay que transformar la estructura del estado anterior. Frente al ordenamiento de los cuerpos políticos de forma ordenada, jerárquica y

vertical, horizontalidad. Frente a la autoridad, libertad, y frente a la universalidad, individualidad. Frente a la familia el individuo. De esto se deriva un nuevo sujeto político: el ciudadano que elimina la diversidad de derechos y establece un derecho único. Los cuerpos políticos sociales son vaciados de contenido. Se les quita el derecho y, por tanto, el poder. El poder se concentra en el nuevo estado, que se hace con su monopolio y a la sociedad la deja vacía de poder; sin embargo la hace depositaria de la soberanía. La fuente de autoridad es la nación a la que se identifica con el pueblo. Esta es la transformación fundamental.

Desde el punto de vista socioeconómico: libertad de factores de producción: capital y trabajo. El capital y trabajo se independizan por las leyes desarmadoras que permiten, de manera combinada, acelerar y acentuar el crecimiento económico. Por otra parte se construye un nuevo marco de relaciones económicas: el mercado nacional, heredero directo de las doctrinas del mercantilismo. Naturalmente, después vendrá la competencia entre mercados por la fuente de aprovisionamiento de materia prima de lo que se deriva lo que la historiografía ha denominado el imperialismo. Pero como la competencia por las fuentes de recurso es desigual y desacompañada temporalmente, se produce el conflicto que conduce a las grandes conflagraciones mundiales I y II Guerra Mundial.

Desde el punto de vista cultural: Una nueva cultura que se apoya en esa entidad difusa que es la nación. Primero será el romanticismo: búsqueda de los orígenes remotos y míticos e inmediatamente la cultura del nacionalismo. Había que hacer individuos nacionales; había que nacionalizar a esos nuevos ciudadanos. Había que adoctrinar. La nueva doctrina del nacionalismo.

III. Una mirada al proceso de constitución de estos estados.

Las Historias nacionales que llegan hasta nuestros días son **Historias inventadas**. En la mayoría de los casos, el impacto de esta forma política, social y cultural ha sido tan fuerte que todavía se están construyendo naciones. El siglo XIX fue un siglo de construcciones nacionales, fundamentalmente en Europa y en América. Con formas y fórmulas muy variadas: federaciones, estados centralizados... y algunos tratando de encajar fórmulas salomónicas que no encontraban. ¿En qué consistió este proceso? A consecuencia del fracaso de las anteriores organizaciones políticas “multiétnicas” y “multiculturales”... y como una derivación más del pensamiento ilustrado, se pensó que la organización política más natural sería aquella que tuviera correspondencia con pueblos con un origen étnico común. De aquí se derivó la idea de un pueblo, una nación y un estado. Esta sería la fórmula del optimismo antropológico ilustrado, que daría estabilidad definitiva a los sistemas políticos. Y este marco serviría para dar cobertura jurídica y coactiva a un sistema social y económico, el capitalismo industrial, que desarrollaría su actividad productiva dentro del marco que también quedó definido como de mercados nacionales, según hemos visto.

Se encontraba pues una lógica que atravesaba todos ámbitos de la organización humana. Un sistema social económico que se desarrollaba en un ámbito natural: el territorio de una comunidad, que se hacía política y a través de un estado regulaba las relaciones entre los hombres de aquella comunidad para la producción y la distribución de la riqueza. Se abría el camino a la Felicidad. Al menos el sentido de la trascendencia anterior se quitaba del más allá para traerla al más acá.

Faltaba crear el marco para el desarrollo de las estructuras culturales. Y ahora ya se tenía **la nación**. Ahora había que nacionalizar a la gente. Todo se volvía nacional. Desde luego las escuelas, las bibliotecas, los museos, las redes ferroviarias... la economía, el ejército, la música... hasta la historia se convertía en nacional. Pero para nacionalizar hacía falta adoctrinar a la nueva ciudadanía. Para eso nació la nueva doctrina secularizada del nacionalismo.

No todos los estados han desarrollado los nacionalismos. Existe otra idea que no es concurrente con la de los nacionalismos y es la idea de **Patria o Patriotismo**. Hay comunidades que han levantado sociedades que no se justifican en razón de la etnia o la cultura, sino en función del derecho y las instituciones. En USA, es más importante el patriotismo, como lo es en UK o en Rusia. En este sentido George Orwell establece la diferencia entre patriotismo y nacionalismo: “El nacionalismo no debe ser confundido con el patriotismo. Entiendo por patriotismo la devoción a un lugar determinado y una forma de vida... que no se quiere imponer a los demás, contrariamente el nacionalismo es inseparable a la ambición de poder”, a lo que habría que añadir que es excluyente de un otro al que siempre se opone.

En cualquier caso desde el punto de vista de la cultura crea una conciencia secular, basada en los principios de soberanía popular e igualdad, en el sentido que es el ennoblecimiento simbólico de todos los ciudadanos. El nacionalismo es la base de la cultura moderna y se proyecta en todos los órdenes de la vida social y cultural como el arte, la arquitectura, la música... hasta llegar a lo que se ha denominado el **nacionalismo banal**. En cualquier caso, podríamos resumir todo diciendo que es *una cultura secular que se hace religión*.

Otro aspecto importante y distinto es el que se refiere a la Identidad Nacional, que es un *sentimiento de comunidad basado en la historia y la cultura*. Ahora bien este sentimiento colectivo puede estar dividido, lo que da lugar a un sentimiento de identidad dual. Es el caso de España, USA y quizás también en Rusia, entre otros. También es cambiante. No siempre se mantiene fijo, sino que es fluida e variable. Todo depende de la memoria que se haga de ello. En este sentido poco importa la verdad de las cosas, sino la capacidad integradora que se haga de ello. Los héroes suelen ser arquetipos de la comunidad, desde luego la alta cultura (como el lenguaje, la religión, el vestido, la arquitectura, la poesía...) y también la baja cultura o el nacionalismo banal (el fútbol, Superman...).

El nacionalismo hace de cáscara a cualquier ideología, lo mismo al nazismo, que al comunismo, que a la democracia liberal que a los estados teocráticos como la República Islámica de Irán.

IV. Unas notas sobre la secularización de la cultura.

“Hacer secular lo que era eclesiástico” (RAE). Sin embargo este cambio también tiene su historia. Muchos autores, Voltaire, Vico, Kant, Herder y tantos otros pensadores de la vieja Europa, sitúan el nacimiento de las ideologías secularizadas, con el surgimiento del mal llamado *Estado Moderno* porque son los elaboradores de una teoría laica del estado y de la sociedad y que pasan a llamarlos: sociedad “moderna” y “estado moderno”. Obviamente, también tienen que reelaborar una nueva teoría de la historia, si bien y paradójicamente, a pesar de todo lo que dicen, estas nuevas elaboraciones nos las muestran con un marcado carácter soteriológico o de salvación.

Lo cierto es que toda esta secularización, es el resultado del proceso histórico al que hemos venido haciendo referencia. Por tanto, conviene destacar que, a pesar de todo el desarrollo que tuvo este proceso secularizador entre los siglos XVI y XVIII (desde el Renacimiento hasta la Ilustración), al final, el sentido de lo humano (sea en lo político, en lo cultural...) y, desde luego de la historia, siguió teniendo un marcado carácter religioso. Si bien es verdad que se asiste a un creciente abandono de la teología escolástica en favor de una teodicea que marcaba su distancia con la revelación.

Sin embargo y como novedad, desde entonces, la historia, en tanto que historia universal, ese papel que en la tradición occidental había venido teniendo la Historia la va asumiendo el nuevo estado secularizado. Es lo que algunos llaman el “estado moderno”, porque no lo entienden. No es el viejo y mal llamado “estado moderno” de las monarquías, es con el Estado Nacional, cuando esa secularización crecientemente triunfante empieza a transmitir culturalmente que las funciones que antes provenían de la divina providencia, las asume ahora el poder laico secularizado de los ESTADOS NACIONALES.

Es con esta nueva forma de organizar el poder, que empezará a desarrollarse lentamente, pero de forma potente, una idea en el imaginario colectivo, en la que la anterior capacidad creadora y de *don gratuito* que era atributo exclusivo de la divinidad, será a partir de entonces potestad del estado. El carácter sacralizado del estado empieza a desarrollarse por la vía de la secularidad y llega a hasta nuestros días. Son nuevas formas políticas que descansan en principios cuyos fundamentos poco difieren de los tradicionales pero con formas adaptadas a los nuevos tiempos. Es por esto que no debe resultar tan extraño que a partir de los primeros compases de los nuevos estados nacionales y coincidentes con los principios del siglo XIX se declarara la **muerte de Dios**. Solo faltaba que la filosofía decimonónica lo proclamara y hasta que se levantara su acta de defunción como lo hizo tempranamente Hegel y con mayor impacto social, algunos años después, Friedrich Nietzsche y su famosa frase de “Dios ha muerto”. En cualquier caso, esa secularización que llega hasta la muerte de Dios abre el camino a las nuevas doctrinas de las nuevas épocas como los *nihilismos*, los *nacionalismos* en el ámbito político, a las *ideologías de redención social* y hasta los *cientifismos* de muy variados cuños, cuando no a corrientes de sustitución de credos que se sitúan en ámbitos filosóficos orientales o hasta extraterrenales.

Naturalmente estos mecanismos de sustitución de credos, han tenido sus efectos socioculturales hasta impregnar a amplios sectores de las nuevas masas convertidas en protagonistas de la historia. Georg Steiner ha explicado estas sustituciones y sus efectos para abrazar esas nuevas ideologías como “La nostalgia de lo absoluto”, título que da a su libro donde recoge cinco estudios donde analiza algunas de estas ideologías y actitudes sociales frente a la ausencia y la nada espiritual.

Desde esta nueva realidad cultural se puede explicar buena parte de lo que ha sido la historia cultural de los siglos XIX y XX. No es este lugar para referirla. Bástenos decir, por ahora, que todo lo que alumbró aquel movimiento ilustrado, contenía mucha esperanza de salvación de la que se hicieron eco los movimientos ideológicos y políticos de estos dos últimos siglos y convirtieron a la historia en herramienta política. En herramienta de combate social. La historia se hacía historia social, tras la proclama de la igualdad de todos los hombres. El protagonismo pasaba así a la historia de las masas. Una historia convertida en grito y lamento, que levantaba una categoría de lo social por encima de aquel hombre que el humanismo renacentista se propuso recuperar. Resulta paradójico que un nuevo sistema social donde triunfa la individualidad, no sea el protagonista el individuo sino la

sociedad. Una sociedad que se ha alzado en los dos últimos siglos por encima del hombre hasta ocultarlo. Cómo otros humanismos, al final el hombre queda enterrado debajo de la lápida que lo pretende defender.